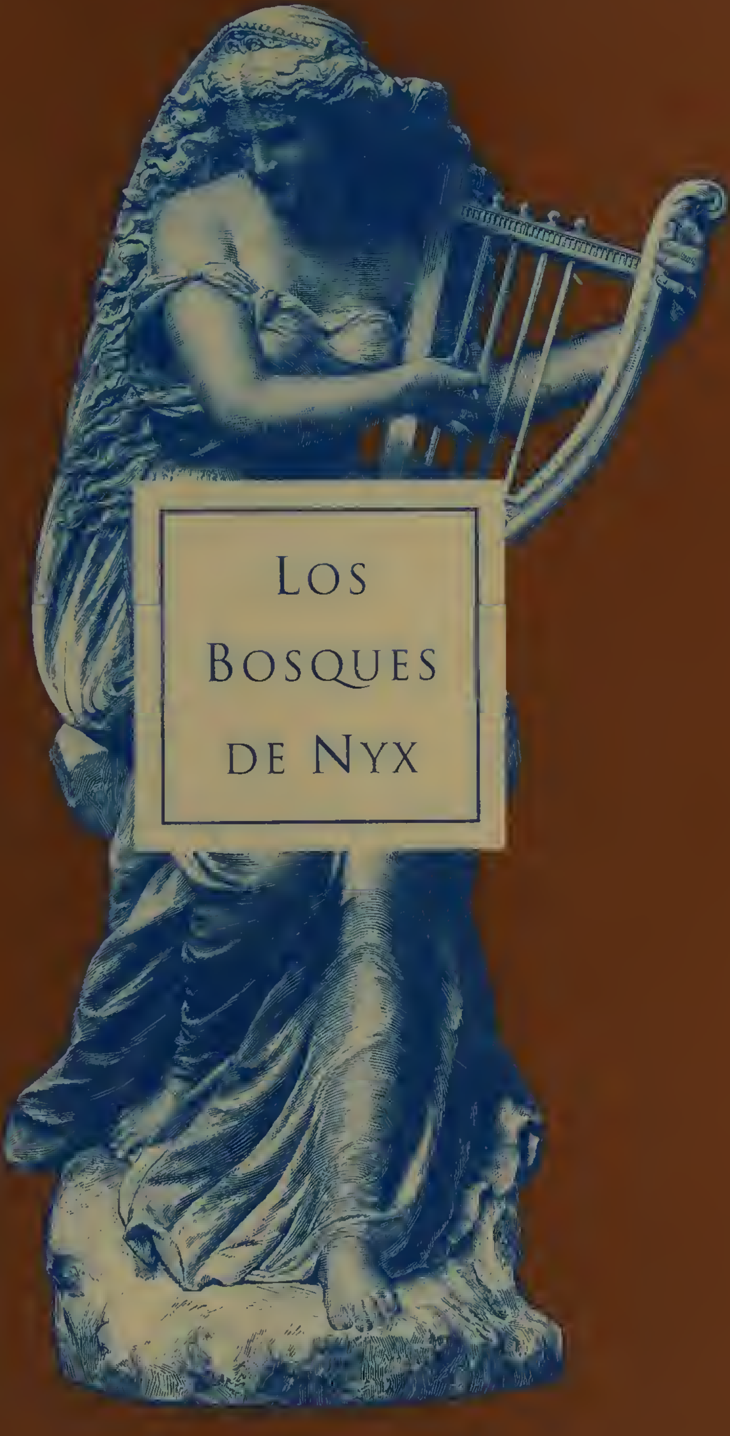
JAVIER TOMEO



Los Bosques de Nyx

Javier Tomeo

Nació en Quicena, Huesca, en 1932. Estudió Derecho y Criminología en la Universidad de Barcelona, ciudad en la que reside.

Su primera novela, *El cazador*, apareció en 1965. A ésta le siguieron *Ceguera al azul*, *El unicornio*, *Los enemigos* y *Diálogo en re mayor*.

Sin embargo, es a partir de la publicación de *El castillo de la carta cifrada* y *Amado monstruo* cuando su obra se reconoce internacionalmente.

Las adaptaciones dramáticas de varias de sus novelas han tenido una excelente acogida en Francia y Alemania por lo que es, probablemente, el autor español vivo que más estrena en los teatros de Europa.

Los bosques de Nyx es su primera obra escrita ex profeso para el teatro.

XORDICA
editorial

colección
CARRACHINAS

2

JAVIER TOMEO

Los Bosques de Nyx

Colabora:

AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA
ÁREA DE ACCIÓN SOCIAL Y SALUD PÚBLICA

Diseño de cubierta e
ilustraciones del interior:
Javier Almalé
VERSUS

© Javier Tomeo
© XORDICA EDITORIAL
Diseño y maquetación: XORDICA EDITORIAL
Isaac Peral, 1 Dpl. , 6º I
50001 ZARAGOZA
Tlf: 976- 597967
Depósito Legal: Z-630-95
ISBN: 84-88920-04-0
Impreso en Zaragoza por Talleres Editoriales Cometa, S. A.

JAVIER TOMEO

LOS BOSQUES DE NYX

XORDICA
editorial

A MODO DE PRÓLOGO

La historia que se explica en *Los bosques de Nyx*, construida con personajes de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Menandro y Homero, no es complicada: doce heroínas —doce mujeres que perdieron a sus seres amados en la Guerra de Troya— sobreviven fuera del espacio y del tiempo. Ninguna de esas mujeres, sin embargo, quiere renunciar a sus tristes recuerdos. Que el olvido no llegue jamás a nuestros corazones, suspiran. Saben que olvidar significa tanto como renunciar definitivamente a todos aquellos a quienes una vez amamos y no están dispuestas a hacerlo.

Recordemos y recordémonos las unas a las otras todo lo que nos sucedió durante aquellos terribles días —se vienen a decir—. No importa que nuestros corazones se hayan convertido en inmensas necrópolis. Cerremos los ojos con fuerza y recordemos, porque tal vez recordando consigamos el milagro de devolver la vida a todos lo que una vez fueron nuestros.

En esta historia, por lo tanto, los suspiros no son aire que vayan al aire, ni las lágrimas agua que vayan al mar. El poeta compuso esos versos pensando seguramente en otras historias. Aquí las mujeres viven en su espacio mágico amasando desesperadamente sus penas y tratando de recuperar las lágrimas perdidas.

Un día penetra en el bosque el Mensajero. Procede de una nueva guerra y propone a las mujeres que regresen con él al mundo de los vivos. La misión de las doce heroínas no es fácil.

Habrán de ser ellas quienes, alzándose sobre sus recuerdos y aureoladas por sus respectivas tristezas, se ofrezcan a los nuevos combatientes como símbolo del dolor que nunca se extingue. Habrán de ser ellas, en definitiva, quienes convenzan a los guerreros de hogaño para que abandonen las armas y regresen definitivamente a la paz.

El empeño no es sencillo, pero las mujeres saben —aunque ninguna lo confiese— que sólo si lo consiguen podrán encontrar por fin justificación sus viejas penas y, sobre todo, la muerte de todos los viejos guerreros que ellas amaron un día sin más límites que los que señaló la eternidad de sus almas inmortales.

Para escribir esta obra, que inauguró la *XL Edición de Teatro Clásico de Mérida*, cometí la osadía literaria que supone arrancar a las protagonistas de sus respectivos contextos literarios para hacerlas coincidir en un espacio y tiempo común. Incurrí incluso en el anacronismo que supone recurrir a la humanísima Lisístrata y a sus amigas Calónice, Mirrina y Lampitó, muy posteriores a las heroínas de la Guerra de Troya.

Que Dios nos perdone, pues, por todo ello y, sobre todo, por el atrevimiento que supone también poner nuevas palabras en labios de personajes tan egregios como Hécuba, Helena, Lisístrata, Casandra, Clitemnestra, Andrómaca, Penélope, Electra, Calónice, Lampitó, Mirrina e Ifigenia. La verdad es que ninguna de ellas me necesitaba para conservar intacta su inmortalidad. Me queda sin embargo el consuelo de suponer que ellas, desde sus altísimos palacios, ni siquiera hayan advertido mis humildes manipulaciones, llenas, eso sí, de buenos deseos y de respeto por Esquilo, Sófocles, Eurípides y Menandro.

JAVIER TOMEO

NYX

Nyx (Νυξ, *Nox*). En la mitología griega representa a la noche y, según Hexíodo, es hija del Caos y hermana del Erebo, con quien se une para engendrar una serie de divinidades, la mayoría de ellas abstracciones personificadas, como la Muerte, el Sueño, las Parcas, Némesis, el Fraude, la Senectud y la Discordia. Nyx simboliza las tinieblas sublunares, mientras que Erebo es la expresión de la noche subterránea. Para Esquilo es también madre de las Erínyas y él es el primero que habla de su carro tirado por negros caballos con el cual atraviesa el cielo envuelta en su sombrío manto cubierto de estrellas. El mismo autor la califica de "buena consejera" y Eurípides acaba de determinar en su *Canto a la Noche*. La diosa figuraba en el cortejo de Perséfone y se decía que habitaba en los más alejados confines de la tierra. Se la representaba llevando en brazos a sus dos hijos: el Sueño —Hypnos— y la Muerte —Thanatos—, terribles ambos; uno blanco, proporcionando a los hombres el descanso bienhechor, negro el otro, de corazón de hierro y odiado de los mismos dioses. *Nyx* no tuvo culto determinado, pero existieron oráculos bajo su inspiración en Mégara y en otro lugar poco preciso, donde se la veneraba en compañía de Apolo. Se le sacrificaban gallos y ovejas negras y le estuvo consa-

grado el búho. Parece que la adormidera fue su planta simbólica. *Nyx* es una de las figuras mitológicas que más personalidad adquirieron en la poesía y en el arte, a pesar de no haber tenido un culto popular ni altares. No obstante, resulta difícil de identificar porque casi siempre se confunde con Selene o Eos, que, como ella, son figuras aladas montadas en un carro y cubiertas con un manto. Suele distinguirse por ir precedida de las constelaciones. Aparece sin lugar a dudas en un sarcófago que se conserva en Villa Médicis y también se ha creído reconocerla en una de las figuras del friso de Pérgamo.— C. S.

Diccionario del Mundo Clásico.
Editorial Labor. 1954.

A todo el equipo artístico y técnico que intervino en la puesta en escena de este texto. A mí me parece que todos hicieron un trabajo admirable.

LOS BOSQUES DE NYX

El Mensajero llega al espacio mágico —situado fuera del tiempo y del espacio—, un bosque petrificado que oculta las ruinas de un gran teatro. Hace siglos que las heroínas griegas están aquí, aisladas. El Mensajero se detiene y husmea en el aire. Las presiente.

MENSAJERO. —Aquí es, aquí estáis, aquí os siento. Vuestro miedo, después de siglos infinitos, es todavía tan grande que, como un grito silencioso, descubre vuestra presencia al fatigado caminante.

Las mujeres, invisibles —sombras fugaces—, empiezan a golpear con sus largos bastones los troncos desnudos de los árboles. Tratan de amedrentar al Mensajero.

MENSAJERO. —Sé que estáis aquí, escondidas en las entrañas de este bosque petrificado. También vosotras, como estos árboles muertos, quedásteis sin frutos y sin flores, con una mirada desolada puesta en el cielo inclemente.

Las mujeres redoblan sus golpes.

MENSAJERO. —Vosotros fuisteis víctimas de una guerra sangrienta que os arrebató, despiadada, lo que más amabais. Perdísteis a vuestros hijos y hermanos, perdísteis a vuestros esposos y amantes, y hubo incluso alguna de vosotras que se perdió a sí misma, en la espiral de un dolor sin nombre. Los dioses inexorables quisieron que sobrevivié-seis a todos vuestros muertos, pero no os concedieron el privilegio de olvidar.

Las mujeres siguen golpeando los troncos, cada vez con más frenesí.

MENSAJERO. —Preciso es que ahora, después de siglos incontables, os rescate del fondo de la historia y regreséis conmigo al mundo de los mortales. He venido a buscaros, mujeres, para que recordéis a los hombres que todo lo olvidan cuántas fueron vuestras desgracias.

Siguen los golpes. El Mensajero no se deja intimidar y pasea una mirada angustiada a su alrededor.

MENSAJERO. —¿Por qué me teméis? (*Se desprende de su zurrón de caminante*) ¿Qué daño puedo causaros yo? ¿Por qué tratáis de ahuyentarme? ¿No soy acaso hijo de los mismos hijos que vosotras perdísteis?

Al escuchar la palabra hijo *las mujeres dejan de golpear y se hace el silencio.*

MENSAJERO. —¿Dónde estáis ahora? ¿Por qué no os dejáis ver? ¿Por qué no queréis, insensatas, escuchar lo que tiene que deciros quien tanto os necesita? Sólo vosotras, con el

amargo recuerdo de vuestros dolores, podréis detener la gran guerra que hoy está matando a quienes ayer sonreían a nuestro lado.

Las mujeres vuelven a golpear los troncos de los árboles.

MENSAJERO. —Jamás, mujeres, el mundo conoció otra guerra igual. Los combatientes ni siquiera tienen necesidad de verse frente a frente, ni de reconocerse como enemigos. Lanzan rayos que fulminan y hombres y mujeres —porque todos combaten— mueren despedazados entre horrísonas explosiones de luz. Marte, el dios que presidía las antiguas guerras, se sentiría hoy doblemente feliz, viendo con qué abundancia corre la sangre.

Las mujeres ya no tienen suficiente con golpear los troncos. Ahora también aúllan.

MENSAJERO. —Nadie más que vosotras, mujeres, puede levantar en el ensangrentado firmamento el arco de iris de una paz que ilumine para siempre el corazón de los hombres.

Al escuchar la palabra PAZ *todas las mujeres dejan de chillar y de golpear el tronco de los árboles. Se hace un intenso silencio. Las mujeres, por fin, empiezan a dejarse ver. Unas tras otras, empiezan a materializarse. Parece como si llegasen desde muy lejos. Soberbias en sus harapos de reinas vencidas. Se detienen alrededor del Mensajero y entre todas se destaca Hécuba.*

HÉCUBA. —¿Paz, dices? ¿Has dicho paz, hijo mío?

Silencio. Las otras mujeres se acercan.

MENSAJERO. —Lo sé muy bien, mujeres, nadie hay en el mundo cuyas penas superen a las vuestras. Una guerra atroz que os dejó solas en un mundo de fantasmas entrañables y el olvido no llega jamás a vuestros corazones... En cierto modo, mujeres, ellos no murieron completamente, pues siguen vivos en vosotras. Son, sin embargo, seres sin carne, y ése es el peor castigo, continuar amando lo que ya no podemos abrazar.

HÉCUBA. —¿Paz has dicho? Nadie, puedes creerme, la deseó jamás tanto como yo. Nadie con más devoción la imploró a los dioses. ¿Paz? ¡Cuántas veces la invoqué sin que los dioses quisiesen escucharme!

Yo soy Hécuba, y mis desgracias fueron innumerables. Recordar quiero ahora, sin embargo, mis días felices, aunque el recuerdo de la felicidad de antaño en el hoy de nuestras penas sea el peor de los suplicios. Fui reina, me casé en real palacio y alumbré hermosos hijos que entre todos los hombres, fueron luego los más esclarecidos. No hubo jamás, en todo el mundo, madre que, como yo, tan bellos hijos engendrase. Pero se encendió la guerra, todos mis hijos murieron y yo, desesperada, corté mi trenza y la deposité en el fondo de sus heladas tumbas. Lloré también a Príamo, mi esposo y padre de todos mis hijos, cuando le mataron sus enemigos.

Horribles desgracias nos sobrevinieron luego. Ulises había prometido perdonar la vida a todos los troyanos que no se resistiesen. Eso es lo que él dijo con engañosa lengua. Pero luego los griegos se deslizaron en silencio

por las calles iluminadas por la luna y entraron en las casas, degollando sin piedad a todos los que estaban durmiendo. Violaron a mi hija Casandra en el templo y a su hermana Ifigenia sacrificaron en honor de Aquiles, matador de otro de mis hijos. ¡Ay, sí! ¡Cuando una ciudad es conquistada por crueles enemigos, los dioses salen de sus murallas y la abandonan!

Nada de lo que sucedió entonces he olvidado. ¿Cómo no voy pues a llorar ahora, viéndome sin hijos, sin esposo y sin patria? ¡Ay de mi corazón! ¡Cuánta es mi angustia y cuántos mis deseos de abandonarme para siempre a lúgubres sollozos!

Vacila, se lleva la mano a la frente y cae. Nadie se acerca a ayudarla.

HÉCUBA. —¡Oh, no, no! ¡Dejadme! ¡Dejadme sola! ¿Por qué me levantáis? ¡Cuántas desgracias he soportado por culpa de una sola mujer! (*Señala a Helena.*) ¿No fuiste tú la culpable de aquella guerra? ¿No fuiste tú, Helena, la culpable de que muriesen tantos hombres?

CORO. —Confiésalo: ¿no fuiste tú?

HELENA. —Los dioses habían decidido de antemano aquella guerra.

LISÍSTRATA. —¿Qué dioses?

HELENA. —De lo que sucedió luego no puedo pues sentirme culpable. Son los dioses los dueños de nuestro destino.

LISÍSTRATA. —¿De qué dioses estás hablando?

HELENA. —Fueron ellos, los dioses, quienes dispusieron que el bello Paris entrase un día en mi palacio cogido de la mano de Afrodita, con el secreto designio de enamorarme y llevarme luego a Troya.

LISÍSTRATA. —¡Ah, te referías a Afrodita!

HELENA. —Fue Afrodita quien convenció a tu hijo de que yo era tan hermosa como ella y, además, no menos apasionada. Paris bebía en mi propia copa y apoyaba sus labios en el mismo lugar donde los míos. ¡Cuántas miradas desvergonzadas y cuántos suspiros delatores!

MENSAJERO. —"Te deseo, Helena..."

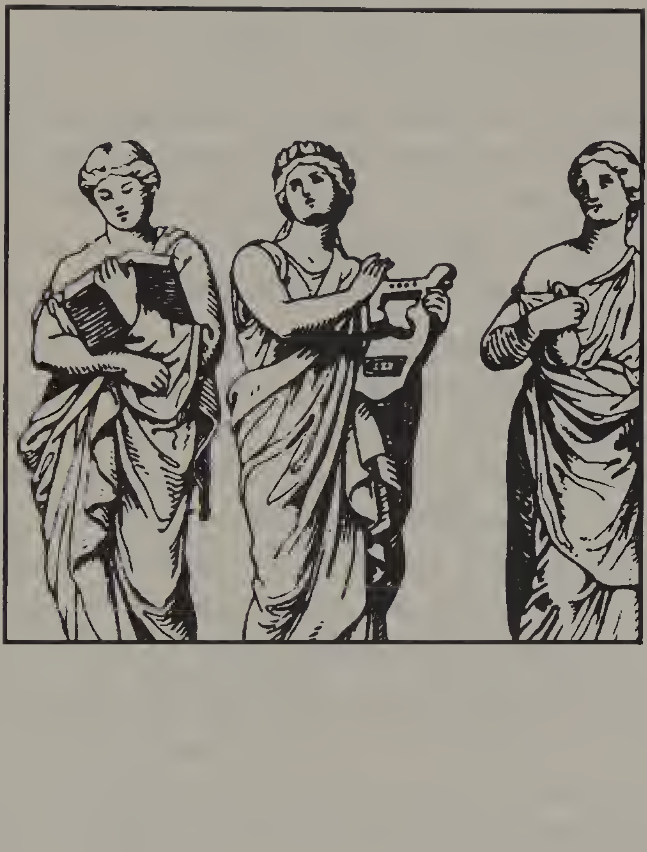
HELENA. —Eso es lo que, con el dedo humedecido en vino, escribió un día sobre la mesa...

Las cosas son como son, y nadie puede cambiarlas: Menelao, el más descuidado de los esposos, viajó a Creta y me dejó a solas con tan irresistible huésped... En mi puesto, ¡oh, mujeres! hubiese querido ver a todas las que luego, con afilada lengua, me acusaron de infiel.

CORO. —Las cosas son como son y nadie puede ya cambiarlas.

HELENA. —Decidme: ¿qué otra mujer hubiese permanecido sorda ante tantas y tan encendidas promesas de amor?

Yo os digo ahora, mujeres, algo que aprendí hace ya mucho tiempo: el primer suspiro de amor coincide con el último suspiro de la razón. Aquel hombre robó todos mis sentidos y faltando a mis deberes de esposa, le seguí, trastornada por su belleza a donde él quiso llevarme. Fui



como una paloma en las garras de un gavilán. Mi esposo Menelao regresó, pero entonces nosotros estábamos ya lejos, rumbo hacia Troya. Fue él quien convenció a todos los príncipes griegos de que Paris había ofendido a toda Grecia y de que, por ello, eran todos los príncipes griegos, no sólo mi esposo, quienes debían vengarse.

CORO. —Así fue como empezó aquella guerra.

HELENA. —Nunca pudimos sospechar que íbamos a pagar un precio tan alto por lo que hicimos. Empezó la guerra, es cierto, pero algunas veces pienso que yo sólo fui un pretexto para que los hombres liberasen todos los demonios que llevaban dentro. Durante diez años unos lucharon por rescatarme y los otros por conservarme, pero lo que realmente les importaba eran otras cosas.

CORO. —¿Por qué íbais a sospechar Paris y tú lo que iba a pasar luego? ¿Fueron acaso castigados los fenicios cuando raptaron a la bella Europa? ¿Tuvieron que pagar los argonautas por el rapto de Medea? ¿Hubo alguien que cobrase a los atenienses el secuestro de Ariadna?

¿Por qué, oh dioses, juzgando una misma falta, os mostráis tan benévolos con unos y tan crueles con otros?

HELENA. —Esa fue, mujeres, la injusticia que provocó aquella guerra. La hermosura, que tan feliz hace a algunas mujeres, fue la causa de mi ruina y de la infinidad de hombres. Paris, cubierto con una piel de leopardo y armado con arco y espada, luchó al frente de sus hombres, pero fue herido de muerte y su cuerpo descendió a las oscuras entrañas de la tierra…

Antes de que Lisístrata se lo pregunte.

No, no regresé a mi hogar después de su muerte, es cierto, pero ésa fue mi intención, testigos fueron las centinelas de las torres. Ellos me sorprendieron muchas veces descolgándome por las murallas, pero todos mis intentos fracasaron y fui obligada a casarme otra vez.

LISÍSTRATA. —Con otro hijo tuyo, Hécuba.

HELENA. —¿Vais a culparme también por aquellas nupcias no deseadas? ¿Por qué? Fui yo misma quien, con estas manos, entregué mi nuevo esposo al puñal asesino de los griegos.

LISÍSTRATA. —Cuéntalo mejor, Helena: fuiste tú misma quien hundió el puñal en la espalda de aquel hombre. Y fue Menelao quien, al verte entonces con los hermosos senos al aire, olvidó tu traición y la venganza que había jurado.

CORO. —(*Ifigenia, Electra, Andrómaca, Lampitó, Calónice y Mirrina, todas, a Hécuba.*) Defiende ahora a tus hijos, anciana reina, de las palabras de esa mujer.

HÉCUBA. —Nunca, por mucha que sea su elocuencia, podrá Helena convencer a los más juiciosos.

A Helena.

Dices que mi hijo entró en tu palacio cogido de la mano de Afrodita, conducido por ella…

Volviéndose hacia el Coro.

¿Os dais cuenta, mujeres? ¡Los hombres echan siempre la culpa de sus locuras a la diosa del amor! ¡Tú fuiste, Helena, la culpable! ¡Fuiste tú quien al ver a mi hijo permitió que se encendiese en el cuerpo el fuego de la lujuria! ¡Tú fuiste quien encontró aquella piedra prodigiosa que goteaba sangre cuando se frotaba con otra! ¡Y fuiste tú quien se sirvió de esa piedra para mantener viva la pasión de mi hijo!

CORO. —(*Formado esta vez por todas las mujeres, excepto Hécuba, Helena y Casandra.*) ¡Fuiste tú, Helena! ¡Tú fuiste la culpable!

CASANDRA. —No acoséis más a esa mujer, pues no fue la única culpable de aquella guerra abominable. Sabed que la belleza y el pudor no son cosas que de la mano vayan cogidas, y eso está escrito, no sólo soy yo quien os lo dice. ¿Quién se atreverá pues a condenar a Helena por haber nacido tan bella? ¿Acaso no se dice también que el infierno esta lleno de hombres a quienes otras mujeres tan hermosas como ella pusieron las armas en la mano?

A Hécuba.

Además, madre querida, la culpa de lo que ocurrió fue también tuya. Recuerda el sueño que tuviste poco antes de alumbrar a Paris. Aquella noche, madre, soñaste que dabas a luz un haz de leña del que, retorciéndose, salían luego innumerables serpientes de fuego.

MENSAJERO Y CASANDRA. —"¡Troya está ardiendo!"

CASANDRA. —Sí, sí, eso fue lo que gritaste al despertarte.

Fue aquel un sueño profético, pero tú no quisiste escuchar al adivino cuando te anunció que el hijo que estabas esperando sería la ruina de tu país... ¿Por qué no le mataste al nacer, tal como te aconsejaban los dioses? ¿Por qué no mataste a mi hermano?

HÉCUBA. —No creo en los sueños, Casandra, no es ése mi oficio sino el tuyo.

HÉCUBA Y EL MENSAJERO. —"¡Que Troya se acabe, pero que mi precioso hijo no muera!"

CASANDRA. —Triste es no creer en nuestros propios sueños, pero triste es también no creer en los sueños de los demás, ni siquiera cuando dicen la verdad. ¿Hubo acaso alguien que creyese en los míos, cuando anuncié la ruina de Troya?

Fui la única que no quiso que aquel caballo de madera entrase en la ciudad, pero me tomaron por loca cuando advertí a los troyanos de la muerte cierta que aquella siniestra imagen encerraba en sus entrañas...

¡Ah, sí! ¡Triste es saber de antemano lo que va a suceder y no poder hacer algo por evitarlo!

CLITEMNESTRA. —Mujer: tú sólo fuiste una falsa profetisa que fue de puerta en puerta alarmando a todo el mundo con sus embustes.

LISÍSTRATA. —(*Tratando de suavizar la creciente tensión entre Casandra y Clitemnestra.*)

Fue por tu mala cabeza, Casandra, recuérdalo. Cuando Apolo esperaba el beso que le habías prometido, escupis-

te en la boca del dios. ¿Por qué continúas lamentándote ahora, después de tantos años, de que nadie creyese entonces en tus profecías? Ése fue el castigo que te impuso el mismísimo Apolo. ¡Ay, si me hubiesen concedido a mí esa oportunidad! ¿Creéis, mujeres, que pueden despreciarse los labios de un dios?

CASANDRA. —No quise besarle, es cierto. No era digna de él. De haberle besado, luego no hubiera podido besar a ningún hombre. Las mujeres somos para los hombres, no para los dioses. (*Sonríe con picardía.*) ¿Sabéis, mujeres, que cuando los griegos entraron en Troya, Agamenón, el gran caudillo, me pidió en matrimonio?

CLITEMNESTRA. —Sí, Casandra, es cierto, te pidió en matrimonio... después de violarte. Yo, en tu puesto, no me sentiría demasiado orgullosa de aquellos amoríos. Agamenón, además, tampoco creyó en tu profecía.

CASANDRA. —Aquella fue, por cierto, la última que pronuncié. Apenas entramos en el palacio de Argos, los dos caímos víctimas del puñal homicida. Yo lo sabía, yo se lo dije, pero él no me creyó. (*A Clitemnestra.*) Pero fuisteis tú y los tuyos, mujer, quienes nos asesinaron.

CLITEMNESTRA. —Te dejaste seducir, además, por uno de los peores enemigos de tu pueblo.

CASANDRA. —(*Con aire arrepentido.*) Sí, tu marido, un griego como tú. No me sentí orgullosa, os lo aseguro, con aquellas nupcias, pues me fueron impuestas por los adversarios de mi patria. Y fui también esclava de mis pro-

pias profecías. No pude hacer otra cosa sino someterme resignadamente a ellas.

ANDRÓMACA. —Otras veces, sin embargo, las mujeres no se resignan al destino. No se resignó la madre de Aquiles cuando supo que su hijo no iba a volver de la guerra si se unía al ejército. Por eso le escondió vestido de mujer. Cuando los soldados hicieron sonar sus trompetas, llamando al combate, Aquiles se desnudó hasta la cintura, empuñó con furia la lanza y descubrió a todos que era un hombre. Fue el bárbaro sonido de la guerra lo que le delató.

LISÍSTRATA. —Lo que yo os digo, compañeras: sólo el hombre puede dudar entre ganar la gloria y morir joven o vivir larga vida, aunque sin gloria. Nosotras, las mujeres, jamás tenemos esa clase de dudas. Ni siquiera dudan las diosas.

ANDRÓMACA. —Eso es cierto, Lisístrata. Las mujeres no dudamos en esas cosas. La gloria no nos importa. Lo único que queremos son nuestros hijos y por eso abominamos de todas las batallas.

CORO. —¡Oh, Marte! ¿Por qué los hombres se dejan seducir por el flamear de las banderas? ¿Por qué se dejan arrastrar por el clamor de las trompetas? ¿Por qué enloquecen de ese modo? ¿No saben acaso que las guerras engendran nuevas guerras y que todos los triunfos, por gloriosos que sean, acaban convirtiéndose en derrotas?

ANDRÓMACA. —Tal vez piensan que no pueden ser héroes si no arrasan de vez en cuando la faz de la tierra. Eso es lo que pensaba Héctor, mi amado esposo. Él se fue a la gue-

rra como quien corre tras una estrella y yo me quedé sola en casa, cuidando de sus caballos.

LISÍSTRATA. —A los caballos, por cierto, nadie les obliga a creer en las guerras. Participan en ellas, es cierto, pero no creen. No les mueve ningún ideal. Sus jinetes no tienen tanta suerte. Todos, fuesen griegos o troyanos, pensaban que en aquella guerra tenían el cielo de su parte.

HÉCUBA. —Sí, pero en aquella guerra fuimos nosotras, las troyanas, las ultrajadas por los griegos.

PENÉLOPE. —Haces mal, Hécuba, si piensas que los griegos fuimos peores que vosotros, los troyanos. Sea cual fuere el bando en el que se luche, las guerras son un negocio de unos pocos y engendran más bandidos que víctimas.

CORO. —Las guerras son empresas infernales. Los hombres enloquecen: bendicen a sus banderas e invocan a sus dioses antes de correr a exterminar a sus hermanos.

PENÉLOPE. —Mi amado esposo Ulises sabía muy bien que aquella guerra iba a ser inútil. ¿Hay, acaso, alguna que no lo sea? Se lo había advertido, además, un oráculo: "Si vas a Troya, Ulises, le vaticinó, no volverás hasta el vigésimo año y lo harás solo y sin fortuna..." ¡Ah, sí! Por eso fingió estar loco cuando vinieron a buscarle y le encontraron labrando con un asno y un buey uncidos al mismo yugo y, además, arrojando puñados de sal sobre los surcos que el arado iba abriendo en la arena. Ulises simuló no reconocer a su general, pero alguien me arrancó de entre los brazos a mi hijo Telémaco y lo dejó en el suelo, frente a la

yunta de animales que, inexorables, avanzaban. Ulises detuvo a los animales, para que no atropellasen a nuestro hijo. Fue así como descubrió que su locura era fingida y no tuvo más remedio luego que unirse a la expedición.

CORO. —Los hombres se marchan a la guerra y nosotras nos quedamos en casa, esperando.

PENÉLOPE. —¡Veinte largos años estuve yo esperando a mi esposo, rodeada de pretendientes empeñados en casarse conmigo y en hacerme renunciar, de ese modo, al agridulce sabor de la espera...!

LISÍSTRATA. —Lo sabemos muy bien, Penélope: fueron ciento doce príncipes jóvenes e insolentes los que te cortejaron durante todos esos años. Todos ellos pretendieron casarse contigo para ocupar luego el trono de tu marido.

PENÉLOPE. —Aquellos hombres fueron impacientándose cada vez más. "Entre vosotros elegiré esposo, les dije, cuando acabe el sudario que estoy tejiendo". Pero por las noches, astuta, deshacía lo que durante el día había tejido, y, de ese modo, nunca terminaba aquel sudario. Palas Atenea me aconsejó luego que organizase entre los pretendientes un concurso de tiro al arco... "¡Vosotros, príncipes...

CORO. —...que arruináis esta casa con vuestros inacabables y continuos festines! ¡Vosotros, que me ultrajáis porque mi esposo está ausente! ¡Escuchad...!

PENÉLOPE. —...Aquel de vosotros que consiga disparar el arco de Ulises y haga pasar la flecha por los...

CORO. — ...doce anillos, será mi esposo. Me iré tras él, abandonando para siempre el palacio en el que pasé mi primera juventud y que nunca, ni siquiera en sueños, podré olvidar...”

PENÉLOPE. —Sólo Ulises, que había vuelto disfrazado de mendigo, consiguió tensar y armar aquel arco. Y cuando cayeron los harapos que le cubrían y dejó al descubierto su profunda cicatriz, todos los que le rodeaban rompieron a llorar y a abrazarle. Me flaquearon el corazón y las rodillas y caí desvanecida, pero luego, corrí hacia él, gozosa, derramando abundantes y tiernas lágrimas...

MENSAJERO. —“Vamos a olvidar en brazos del sueño todas nuestras inquietudes...”

PENÉLOPE. —...Sí, sí, eso fue lo que me dijo... y yo le contesté: “Tú mandas y yo obedezco, y soy feliz obedeciéndote porque los dioses han querido por fin traerte a mis brazos”. Ése fue, para mí, el día en que terminó la guerra.

CORO. —Y ése es también, el día en el que terminan las guerras para todas las mujeres del mundo, el día en que regresan sus soldados...

PENÉLOPE. —Que nadie se extrañe, pues, de que hoy se me ponga como ejemplo de fidelidad conyugal. (*A Helena.*) Puedes creerme, prima: delante de estas mujeres te digo que ni siquiera Paris, tu hermoso amante, me hubiese hecho olvidar a Ulises.

HELENA. —¡Oh, la más vanidosa de las mujeres! ¿Cómo te atreves a comparar a nuestros dos hombres? Paris fue her-

moso por encima de toda ponderación y Ulises, tu marido, tenía las piernas cortas y arqueadas.

PENÉLOPE. —Nunca se conoció otro hombre más prudente.

HELENA. —Tenía también poco pelo y de color rojo.

PENÉLOPE. —Su mirada era la de un dios.

HELENA. —Paris, sin embargo, tenía una hermosa cabellera. ¡Ah, sí! ¡Las cabezas adornadas con largas y doradas cabelleras embellecen aún más a los que ya son apuestos! Además, dime una cosa: ¿no es el rojo el color de pelo que corresponde a la gente irascible?

Penélope quiere replicar, pero se siente tan furiosa que no consigue articular palabra.

HELENA. —No lo dudes, Penélope: si mi hombre hubiese figurado entre tus pretendientes, nadie podría decir ahora que fuiste una esposa fiel.

CLITEMNESTRA. —(*Cínica.*) ¡Tened cuidado, amigas! ¡No conviene exagerar cuando se habla de fidelidad! ¡Hacéis mal en darle tanta importancia! Puede que la fidelidad sólo sea una curiosa forma de apatía. Yo desde luego, lo reconozco, no fui fiel a mi marido. Eso lo sabe todo el mundo. ¡Sí, sí! ¡Todo el mundo sabe que engañé a Agamenón! Después de matarle, mi amante y yo vivimos felices durante diez años, gozando tranquilamente del fruto de nuestro crimen. Así fue y así lo reconozco... Es preciso pues que lo sepáis, mujeres: matad a vuestra conciencia si queréis vivir tranquilas.

CASANDRA. —No todos piensan como tú, Clitemnestra. No es posible dar muerte a la conciencia. Los remordimientos sustituyen a las penas que la justicia impone a los culpables. Es como si dentro de nosotros viviese otro como nosotros, pero vuelto siempre en contra nuestra. Ni siquiera tú, mujer, perdiste del todo la conciencia, por mucho que ahora presumas…

ELECTRA. —No, ni siquiera ella la perdió. La conciencia permanece siempre agazapada, arañándonos las entrañas.

CLITEMNESTRA. —Piensa lo que prefieras, hija, pero yo aprendí a sobrevivir. Fueron diez años de vino y rosas, hasta que apareció tu hermano Orestes, dispuesto a vengar la muerte de su padre. Ojalá no hubiese encontrado nunca el camino de nuestro palacio.

LISÍSTRATA. —Bueno, bueno, Orestes supo encontrarlo y luego pasó lo que tenía que pasar. Es mejor dejar las cosas como están. No vayamos ahora a cambiar lo que ya está escrito en el libro de la historia.

CORO. —Sí, dejemos las cosas como están. No se puede cambiar lo que ya fue. La historia no es más que una simple fábula que todos aceptan.

ANDRÓMACA. —A los hombres no les conviene cambiar de ideas y dejar de creer en lo que siempre creyeron. Cierto es que Paris y Ulises, como tantos otros hombres, fueron víctimas de la guerra. Pero cierto es también que, en estos tiempos en los que se han derrumbado tantos mitos, ni siquiera podemos estar seguras de tu castidad. ¿Por qué

no me cuentas ahora la verdad, Penélope? Vamos, vamos, no temas, sé sincera conmigo, porque todo lo que aquí me cuentes no será repetido jamás en ninguna otra parte.

CORO. —Cuéntalo, cuéntalo, Penélope. ¿Es cierto que fuiste fiel a Ulises?

Andrómaca manda a las otras mujeres que se alejen unos pasos...

ANDRÓMACA. —¿Es cierto que fuiste fiel a tu marido durante los veinte años que, por culpa de la guerra, estuvo fuera de casa? ¿No lo fuiste? ¿No? ¿Sí? ¿Te escandalizan mis palabras? Dime entonces: ¿por qué se oyen voces que niegan tu fidelidad? ¿Por qué hay quienes te acusan de haberte acostado con todos tus ciento doce pretendientes, cada uno a su turno?

PENÉLOPE. —¿Cómo te atreves, Andrómaca, a decirme todo eso? ¿No fuiste tú, mujer, la que le dio gustosamente tres hijos a Neoptólemo, el enemigo de tu patria? ¿Acaso no te enamoraste locamente de aquel hombre que luchaba contra los tuyos y buscaba la ruina de tu patria? ¿Eres tú quien viene ahora a dudar de mi fidelidad y de mi amor por Ulises?

ANDRÓMACA. —No te atormentes, Penélope, porque aunque hubieses sido infiel a tu marido, la culpa habría sido también de la guerra. Son las guerras las que acaban con la virtud de muchas esposas.

A Hécuba.

Tú sabes, Hécuba, cuánto quise yo también a tu hijo Héctor, que fue el primero entre todos los que alumbraste. Lo dije antes: fue Aquiles quien le mató. Luego, cuando le tuvo muerto, le agujereó los pies, le pasó una cuerda entre los tendones y luego, atado a su carro, le arrastró, inclemente, alrededor de la tumba del amigo muerto.

HÉCUBA. —¡Oh, hijo mío! ¿Es posible que, después de muerto, sometiesen tu cuerpo a tantas humillaciones? ¿Tan difícil es que los vencedores se muestren magnánimos con los vencidos? ¿Será cierto que para algunos las victorias son más difíciles de soportar que las derrotas?

Al Mensajero, identificándole con Héctor.

No, no es preciso que me respondas, conozco la respuesta. Tú no pudiste ver Troya después de que entrasen los griegos y ser testigo de las miserias que padecimos aquellos días nefastos. La ciudad ardió, tal como la había visto en mi sueño y el negro humo cubrió como un manto todas sus heridas. ¡Héctor, Héctor! ¡Tú, que fuiste mi primogénito, llévame ya a los infiernos, condúceme ahora mismo para que, por fin, pueda descansar junto a mi esposo! ¡Nada me ata ya a este mundo!

ANDRÓMACA. —No te extrañes de lo que dice esa mujer, Mensajero, pues durante aquel tiempo aciago nuestras penas fueron tantas que la muerte fue nuestro mayor anhelo… Innumerables fueron nuestros gemidos y lágrimas. Cuando Troya cayó en manos de nuestros enemigos, los cadáveres de los combatientes quedaron junto al templo de Palas, sirviendo de pasto a los buitres.

MENSAJERO. —"¡Matarán a tu hijo, Andrómaca!"

ANDRÓMACA. —Eso fue lo que me anunciaron... ¡Ay, mi pequeño Astianax! ¡Te arrojaron por las murallas cuando ya habían ganado la guerra! ¡Oh, dulce hijo de mis entrañas, asesinado por los enemigos de su padre! ¡Oh, hijo, hijo, que a tu desconsolada madre abandonaste!

HÉCUBA. —Rojas tengo las mejillas por los surcos que han abierto mis uñas.

ANDRÓMACA. —¡Oh, dolor, que horada las almas! ¡Oh, dolor, castigo de los cielos!

HÉCUBA. —El llanto eterno que ofrezco a mis muertos es como el rocío que humedece a las rosas cada amanecer.

Se acercan las otras mujeres, cantando en estado de trance.

CORO. —"Cual enjambre de abejas que sale del enmelado panal, así los de a pie y a caballo siguieron a su rey, y las madres y las esposas cuentan temblando los largos días de un tiempo que no termina jamás, y los lechos conyugales se empapan con las lágrimas que hace derramar el amor por los ausentes..."

Silencio

LISÍSTRATA. —Perdonad, mujeres, que me entrometa en vuestros asuntos, que son tal vez más graves que los míos, pero no es bueno que os abandonéis de ese modo a la tristeza. No, no es bueno. Los ojos que lloran no pueden

ver lejos. Es necesario que sequéis vuestras lágrimas si queréis encontrar el camino. Puede que el remedio a nuestras penas no sea tan difícil. Todas sabemos que los hombres, cuando regresan de sus guerras, pueden casarse con una doncella, aunque blancos tengan ya los cabellos. Nosotras no tenemos tanta suerte, nuestro tiempo es muy corto y si no lo aprovechamos, nadie nos quiere luego. Escuchad, pues, lo que ahora os propongo, si queréis evitar nuevas guerras en el futuro. Escuchadme, escuchadme, porque nadie discute ya en estos tiempos si las mujeres somos también capaces de empresas señaladas y sensatas, aunque nos pasemos la vida en casa, cruzadas de brazos.

CALÓNICE. —No te entiendo, Lisístrata. ¿Qué quieres decir? ¿Que nosotras, las mujeres, podemos evitar que los hombres vayan a la guerra y nos abandonen?

LAMPITÓ. —¿Cómo vamos a ser capaces de conseguirlo, si Marte no reside en nosotras?

LISÍSTRATA. —Más peligrosa es la caricia de una mujer que la espada de un hombre. (*Bordeando la grosería.*) Os lo diré de otro modo: nuestra principal fuerza, compañeras, reside en aquella parte de nuestro cuerpo que el pudor nos obliga a ocultar. No desconfiemos pues de nuestro sexo y escuchadme…

MIRRINA. —Sí, sepamos ya cuál es esa gran empresa que quieres proponernos.

LISÍSTRATA. —La cosa es muy simple: los maridos se van a

la guerra y nosotras nos quedamos solas. Algunas veces ni siquiera tenemos un triste amante para remediarlo, pero, ¿ y si yo, mujeres, hubiera encontrado la solución para poner fin a todas las guerras? Respondedme ahora mismo: ¿querríais secundarme?

MIRRINA. —¡Sí, sí, por los dioses! ¡Yo te secundaré aunque tuviese que vender mi túnica preferida y gastarme luego en vino todo lo que me hayan pagado por ella!

CALÓNICE. —¡Sí, yo también lo haré, aunque me tengan que partir en dos, como un rodaballo, y dar la mitad de mí misma!

LAMPITÓ. —Pues yo sería capaz de subir al monte más alto del mundo, si desde allí pudiese ver la paz.

LISÍSTRATA. —Os diré ya de qué se trata: para obligar a los hombres a que se olviden de las espadas y se abstengan de guerrear... es preciso que prescindamos de ellos...

MIRRINA. —¿Que prescindamos de los hombres? Yo no puedo.

LAMPITÓ. —Yo tampoco.

CALÓNICE. —Ni yo. Que sigan las guerras.

LISÍSTRATA. —¿Eso dices ahora, mi valiente rodaballo? ¿No eras tú la misma que hace un instante se dejaba partir en dos?

MIRRINA. —¡Imposible, imposible abstenerse de los hombres, Lisístrata! ¿Cómo podríamos renunciar a ellos, si los dioses sólo les hicieron un poco inferiores a sí mismos?

CALÓNICE. —Sí, cualquier cosa menos prescindir de los hombres. Mándame, si lo deseas, andar entre llamas, pero ¡semejante abstinencia! ¡Eso es peor que cualquier otra cosa!

LAMPITÓ. —También yo prefiero andar entre llamas.

MIRRINA. —¡Imposible, imposible prescindir de los hombres! ¿Cómo abstenerse de ellos, si los dioses sólo les hicieron un poco inferiores a ellos mismos?

LISÍSTRATA. —¡Sexo disoluto! ¡Y luego nos quejamos de que se menosprecie y maltrate a las mujeres en todas las tragedias!

LAMPITÓ. —¿Qué otra cosa podemos hacer, Lisístrata, si nosotras somos criaturas nacidas para el amor?

LISÍSTRATA. —Pensadlo, pensadlo un poco. Pero no olvidéis que las mujeres somos superiores a los hombres, si actuamos con astucia, que nadie lo dude. Nosotras, solas, somos algo. Los hombres solos no son nada.

CLITEMNESTRA. —Eso podría ser cierto.

LISÍSTRATA. —¡Oh, mujeres! ¡Preciso es que los hombres se olviden de sus guerras! ¡Haced lo que os digo! ¡Quitaos las túnicas! ¡Que perciban esos carcamales el olor de una hembra en celo!

Las mujeres convencidas súbitamente, toman al pie de la letra las palabras de Lisístrata y empiezan a desnudarse. Hécuba las detiene imperiosamente con un golpe de bastón.

LISÍSTRATA. —Bueno, bueno, no es preciso que nos desnudemos del todo. Al fin y al cabo, la mayor fuerza de las mujeres reside en aquella parte del cuerpo que ocultamos por pudor... Será suficiente con que permanezcamos en nuestras casas, bien pintadas y envueltas con túnicas transparentes. Veréis cómo los hombres arderán muy pronto en amorosos deseos y veréis, también, cómo los soldados empiezan a desertar... ¡Os aseguro que los esposos inventarán entonces mil pretextos para volver al hogar!

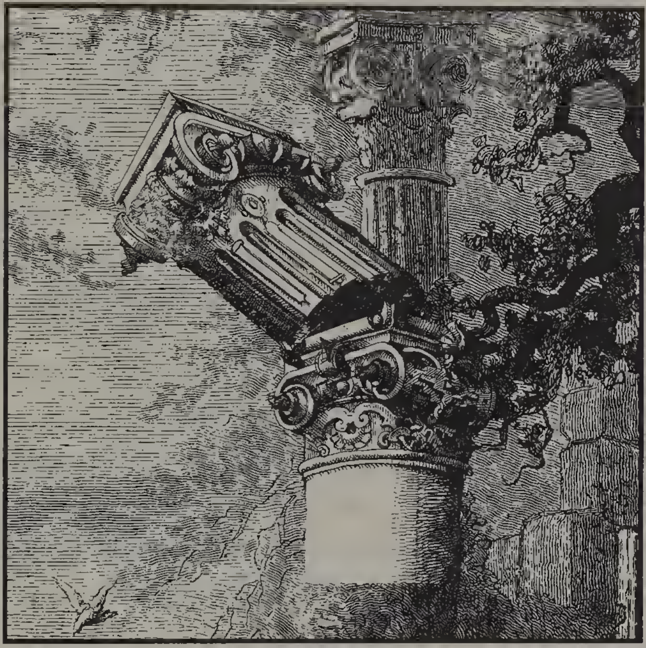
CLITEMNESTRA. —Tiene razón Lisístrata. Los hombres se van cantando a las guerras y nosotras quedamos encerradas en nuestras casas. ¿Habrá quien se extrañe de que, consumidas por la soledad, acabemos sintiendo la curiosidad de los placeres prohibidos, pues eso, y no otra cosa, es lo que buscan las adúlteras?

Mejor será ahora que os recuerde mi historia, para que, por lo menos, no penséis de mí peor de lo que me merezco. Apenas mi esposo partió hacia Troya, su primo Egisto empezó a insinuarse con lisonjas y halagos. No le resultó difícil conseguirme, lo confieso...

LISÍSTRATA. —Claro, claro, ya dejamos antes bien sentado que la soledad es mala consejera.

CLITEMNESTRA. —Al enterarse de nuestra traición Agamenón quiso castigarnos, pero fuimos nosotros, Egisto y yo, quienes le dimos muerte el primer día que regresó de Troya.

Puede que de no haber sido por aquella guerra le



hubiese sido infiel… pero también es cierto que durante nuestro matrimonio tuve más de cuatro motivos para engañarle…

Establece una pausa, avanza unos pasos y pasea entre las demás mujeres una mirada descarada, como adelantándose a cualquier reproche que puedan hacerle.

¿Os gustaría saber cuáles fueron esos motivos?

CASANDRA. —Muchas veces los motivos de nuestros actos son demasiado oscuros para que los conozcamos.

CLITEMNESTRA. —Sí, es cierto, pero son las chispas más pequeñas las que incendian los bosques.

ELECTRA. —Sabemos cuáles fueron tus razones, madre.

CLITEMNESTRA. —Tú sólo conoces algunas, Electra, pero hubo otras que desconoces. (*A las demás mujeres.*) No, no os hagáis ilusiones, no pienso contarlas ahora. Tened suficiente con saber que fui una adúltera. (*Con un cinismo creciente.*) Aunque también podría ser que mi adulterio hubiese sido una maniobra para que la gente, después de tanto tiempo, continúe hablando hoy de mis hijos.

LISÍSTRATA. —Sobre todo de Electra y Orestes. Nadie les ha olvidado todavía.

CLITEMNESTRA. —En cierto modo, con mi pecado les aseguré la inmortalidad. No se han conocido tantas madres de mi rango que hayan muerto apuñaladas por su propio hijo… “¡Ay, mísera de mí, que parí esta serpiente y la

crié!", exclamé aquel día, al ver a mi hijo levantando el puñal sobre mi cabeza.

Pausa. Clitemnestra lanza una despavorida mirada a su alrededor, tratando de olvidar aquel terrible instante.

ELECTRA. —Cuando se habla de ciertas mujeres, decir la verdad es todavía peor que calumniarlas.

CLITEMNESTRA. —(*Recuperándose.*) Meditad sobre lo que acabo de deciros, mujeres... ¿Se acordaría hoy alguien de Orestes, si no hubiese consumado su venganza? (*Siempre cínica, tratando tal vez de plantar cara a sus pesadillas más íntimas.*) La historia no habla de la gente feliz. Nadie se acuerda hoy de los que una vez fueron simplemente felices. ¿No constituye, pues, una suprema muestra de amor materno que diese a Orestes un motivo para que me apuñalase y, de ese modo, pasar a la historia como asesino de su propia madre? Decidme, ¿quién se acordaría hoy de Orestes sin los remordimientos y la melancolía que luego turbaron su alma? ¿Quién se acuerda, os lo vuelvo a repetir, de los hombres que alguna vez fueron vulgarmente felices? (*Volviéndose hacia las amigas de Lisístrata*) ¿Quién se acuerda ahora de esas tres mujeres que, para sentirse en paz con todo el mundo, tuvieron suficiente con llevarse de vez en cuando un hombre a la cama?

CORO. —Clitemnestra ha perdido el juicio.

CASANDRA. —Tal vez tenga su parte de razón. La posteridad sólo recuerda la sangre derramada y el odio. Eso es lo

que nutre, sobre todo, las tradiciones de los pueblos y engorda los libros de historia.

ELECTRA. —(*A Clitemnestra.*) Sí, no es fácil olvidar la sangre derramada, sobre todo cuando fuimos nosotros quienes la derramaron. Tú, Clitemnestra, entiendes mucho de eso. Presumes de haber ahogado tu conciencia, pero sabes muy bien que hay pecados que sólo pueden soportarse en la locura y desde la locura. Yo os digo, mujeres, que nadie ha sufrido tanto como lo que sufrimos nosotras por culpa de esa mujer, la más funesta de todas las madres.

HÉCUBA. —¿Cómo te atreves, Electra, a hablar así de tu propia madre? ¿Cómo puedes llamar funesta a la mujer que te dio la vida?

ELECTRA. —(*Incontenible en su rencor, a Clitemnestra.*) Cuando volvió mi padre le besaste con amor fingido y tendiste a sus pies una alfombra púrpura. Pero luego le acompañaste a la casa de baños para que tu amante le matase con una espada de doble filo.

CASANDRA. —Yo lo sabía, yo lo anuncié, pero nadie quiso escucharme.

ANDRÓMACA. —(*Pensando todavía en las últimas palabras pronunciadas por Hécuba.*) ¡Rara cosa es ser madre! ¡Las infelices piensan que el sol brilla únicamente sobre la cabeza de sus hijos!

HÉCUBA. —Por eso te digo que no debes hablar mal de tu madre, Electra. Piensa que incluso los dioses, siendo tales,

proceden de una madre y a una madre necesitan. La tuvo incluso Zeus, que fue el padre de todos ellos.

ELECTRA. —Ella no quiso que yo tuviese un hijo que luego fuese capaz de vengar a mi padre.

HÉCUBA. —Eso no cambia las cosas, Electra. Nada hay, te lo aseguro, que iguale el amor de una madre. Quieren tanto a sus hijos que aunque fuesen serpientes se lo enrollarían dulcemente alrededor de la cintura.

ELECTRA. —¡Ay, Hécuba! ¡No dirías lo mismo si hubieses sido testigo de la feroz alegría de esa mujer, cuando mi hermano, haciéndose pasar por otro, le entregó la urna funeraria que supuestamente contenía sus propias cenizas!

"Aquí están las cenizas de tu hijo", le dijo Orestes. Y ella, loca de alegría, corrió hacia el Templo de Apolo para dar gracias al dios por haberle librado de mi hermano. ¡Ay, sí! ¡No dirías ahora lo mismo, si la hubieses visto aquel día!

HÉCUBA. —Vuelvo a repetírtelo, Electra: no es bueno que los hijos juzguen a sus padres.

ELECTRA. —Aunque eso fuese cierto, Hécuba, yo también te digo que no he podido ni podré olvidar jamás lo que sucedió aquel día. Fue sin embargo luego, una vez que Orestes hubo consumado su venganza, cuando llegaron sus peores sufrimientos. Las vengativas furias, hijas de Nyx, se encarnizaron con mi hermano y nada ni nadie pudo ya librarle de las más espantosas pesadillas. ¿Quién de vosotras ha dicho aquí que podemos matar a nuestras

conciencias? ¿Fuiste tú, madre? ¡Ay, cuántas fueron mis angustias! ¡Cuánto lloré yo también a mi infeliz padre a quien el dios de la guerra respetó mientras estuvo luchando en tierra extraña, pero a quien esa mujer y su amante, como leñadores que cortan una encina, decapitaron luego con ensangrentada hacha!

IFIGENIA. —Yo, Ifigenia, soy también hija de Clitemnestra. Conozco esa historia, pues es también la mía. Ella mató a Agamenón porque fue él, mi propio padre, quien autorizó mi sacrificio. ¡Ay, fui víctima de un engaño despiadado! Ulises convenció a mi padre de que sólo con mi muerte podrían levantarse los ansiados vientos que empujarían sus naves hacia la victoria. (*A Electra.*) ¿Te das cuenta ahora, hermana? Yo no puedo tener tan buen recuerdo como tú de nuestro padre común. ¡Fue la guerra y su obsesión por la gloria lo que le trastornó! Con el pretexto de que iba a casarme con Aquiles me condujeron a una isla desierta, pero no fue Aquiles, sino Hades, el dios de los muertos, quien allí se desposó conmigo.

CLITEMNESTRA. —Así fue, hija. Yo también lo recuerdo. "¿Permites el sacrificio de tu propia hija? ¿Sólo para conseguir vientos propicios?", le pregunté , desesperada. Y al ver que no me respondía, le pregunté llorando qué preces podría dirigir luego a los dioses para que perdonasen su pecado.

IFIGENIA. —Mi muerte, sin embargo, estaba decidida y yo procuré que fuese gloriosa. No quise que nadie me viese temblar. Todos tenían sus ojos puestos en mí porque gra-

cias a mi sacrificio las naves podrían navegar hacia Troya con vientos favorables. De mí dependía pues la victoria. Hoy, sin embargo, he aprendido que el brillo de las victorias dura menos que el resplandor de un incendio y que vencer a nuestros enemigos por la fuerza, y no por la razón, es como vencerles a medias. Lo que más deseo ahora, mujeres, es la paz y la paz no puede conseguirse con un simple sacrificio.

No permitamos pues que los viejos pájaros del rencor y del odio continúen anidando en nuestros corazones. Emprendamos el camino de la reconciliación.

CORO. —¡Oh, Marte! ¿Por qué enciendes a los hombres con tantas guerras? ¿Por qué, dios cruel y sanguinario, te complacen tanto los cegadores reflejos de las espadas? ¿Por qué haces creer a los hombres que matándose los unos a los otros podrán conseguir gloria, fama y fortuna? ¿Te apiadarás alguna vez de nosotras, las mujeres? ¿Llegará el día en que tengas compasión de las madres que pierden a sus hijos, de las esposas que pierden a sus esposos y de las hijas que jamás vuelven a ver a sus padres y hermanos? ¿Crees acaso que los ideales que mueven a los hombres a empuñar sus espadas pueden servir de pretexto a tanta muerte y desolación? ¿No habrá acaso otros caminos que sean menos dolorosos? ¿Te sirve tal vez de consuelo pensar que el objetivo de todas las guerras es la paz?

HÉCUBA. —Fíjate en mí, Dios de feroz mirada y andar precipitado: ¿No te conmueves al saber que, enloquecida por los desastres de la guerra, acabé convirtiéndome en una

perra que sólo conseguía aullar cada vez que quería lamentarme de mi destino?

CORO. —¡Oh, dioses! ¿Por qué permitís que los hombres se maten entre sí, si las estrellas se encienden cada noche en el firmamento y en el prado crecen en silencio las flores? ¿Por qué no selláis para siempre los labios de quienes pretenden hacernos creer que las guerras tienen también su poesía y una cierta especie de bárbara belleza?

LISÍSTRATA. —Si tanto abomináis de las guerras, hermanas, recordad lo que os propuse antes: renunciemos a los hombres... aunque sólo sea por una temporada. Sólo de ese modo comprenderán cuánto nos necesitan.

LAMPITÓ. —Tiene razón Lisístrata. Los hombres no podrán prescindir de nosotras. Aquí se dijo antes: cuando Menelao vio el seno desnudo de Helena, arrojó la espada y se olvidó de la guerra.

HELENA. —Ese ejemplo, de todos modos, no me parece válido. Mejor que busques otro. Reconoced, amigas, que no todos los senos son como los míos.

PENÉLOPE. —Tus senos fueron hermosos, Helena, pero desde entonces han pasado siglos. ¡Ay! ¡Te aseguro que tu belleza de hoy no sería suficiente para encender una nueva guerra!

LISÍSTRATA. —Cuidado, no vayáis ahora a pelearos vosotras. No se trata de encender nuevas guerras, sino de apagar las que iniciaron otros.

HELENA. —(*Sin escuchar la advertencia de Lisístrata.*)

Tampoco tú, Penélope, eres ahora la que fuiste antaño. Seguro que tu amado Ulises, si hoy regresase a casa después de veinte años de ausencia, te encontraría bastante marchita. No hay duda de que durante estos últimos años has... tejido demasiado. ¡Ay, ilusa! ¿Crees que volverían a cortejarte los pretendientes de antaño? ¿Crees que alguno de aquellos hombres se tomaría la molestia... de tensar su arco?

CASANDRA. —Lo cantó un poeta inmortal: ¿qué se hizo de Zeus? ¿Dónde está hoy Afrodita? ¿Qué se hizo de Apolo? ¿Quién le escupe hoy en la boca, aunque sea con el pretexto de un beso?

CLITEMNESTRA. —Es cierto, nadie se dejaría hoy seducir por nuestras miradas, ni siquiera aquellos que una vez nos amaron. Yo no recuerdo cómo era entonces la mía.

ELECTRA. —Yo sí la recuerdo, madre. Era azul y limpia.

ANDRÓMACA. —No es agradable, ciertamente, sentir cómo los años pasan y cómo nos obligan a perder todo lo que antes tuvimos. ¡Ah, sí! ¡Ha pasado demasiado tiempo desde entonces y nos han sido robadas demasiadas cosas!

LISÍSTRATA. —(*Por un momento nostálgica.*) Es cierto. No hay muralla que pueda resistir el paso de los años. También, hace años, yo fui joven y bella... (*Recuperando de pronto toda su frivolidad.*) ¡Fui incluso virgen! ¿Podéis imaginarlo?

MIRRINA. —También yo fui bella.

LAMPITÓ. —Y yo.

CALÓNICE. —Yo no fui menos bella que vosotras. Pero, ¿quién se acuerda hoy de entonces?

LISÍSTRATA. —Aprovechemos el tiempo, antes de que se nos cierren completamente todas las puertas. Es preciso coger las últimas rosas que todavía quedan en nuestros jardines, pues el tiempo de la belleza se va y nunca regresa. Pongamos en marcha nuestra treta, queridas mías, y se acabarán las guerras. Respondamos NO a esos machos cabríos. Sólo de ese modo encenderemos más sus deseos y conseguiremos que nunca más vuelvan a dejarnos solas en casa.

CALÓNICE. —Sí, eso no estaría mal, pero nuestra negativa puede crearnos algunos problemas. Por ejemplo: ¿y si nos cogen por el pelo y nos arrastran hacia la cama?

LISÍSTRATA. —Resistid. Agarraos a la puerta.

MIRRINA. —¿Y si al final se hartan de nosotras y nos abandonan?

LISÍSTRATA. —No podrán encontrar otras mujeres que nos sustituyan.

LAMPITÓ. —¿Y si nos pegan?

LISÍSTRATA. —Ceded entonces, pero de mala gana.

HÉCUBA. —¡Insensatas! Con vuestra frivolidad estáis dando la razón a quienes piensan que las mujeres son charlatanas y falaces. ¿Cómo podéis, en esta grave hora y delante de este hombre (*señala al Mensajero*) pensar en cosas de tan poca monta? ¿Será cierto, como aseguran algunos

resentidos, que las mujeres somos únicamente hombres imperfectos? ¡Sed consideradas con este Mensajero, mujeres! ¡Este hombre no emprendió su viaje a través de los siglos para llegar hasta aquí y encontrarse con un rebaño de hembras en celo! ¡No olvidéis lo que está esperando de nosotras!

MENSAJERO. —Así es, mujeres. Llegué hasta aquí en busca de vuestra ayuda. Os lo dije apenas llegué: sólo vosotras, con el amargo recuerdo de las penas de antaño, podéis detener la nueva guerra que está matando todo lo que amamos. Conocía ya vuestros dolores, que sobreviven obstinados al paso de los siglos, pero ha llegado el momento de que os olvidéis de vosotras mismas y os preocupéis por la suerte de los que hoy mueren como en otros tiempos murieron aquéllos a quienes más amabais.

LISÍSTRATA. —(*A Hécuba, hablando también en nombre de Mirrina, Calónice y Lampitó*) No, nosotras no hemos olvidado a ese hombre, le seguiremos a donde nos pida. No renunciemos, sin embargo, a nuestra idea. Digamos no a nuestros amantes y de ese paso, cerraremos también nuestros vientres a la semilla del hombre, para no volver a sentir nunca más el dolor del parto de unos hijos que luego nos son arrebatados.

ANDRÓMACA. —De ese modo conseguiremos también que no haya nuevos soldados. Vale pues la pena el sacrificio, aunque signifique ir contra nuestros instintos…

MENSAJERO. —Me asalta, sin embargo, una duda: vosotras, mujeres, pertenecéis a otro tiempo y a otro espacio. Ése es

mi único temor y no os lo oculto. Desde aquella vieja guerra que rompió vuestros amantes corazones ha pasado una eternidad y puede que hayáis olvidado ya de qué color es la sangre, o que penséis que la que fluye ahora de nuevos soldados no es tan roja como lo fue antaño. Por eso os digo ahora, mujeres, que el color de la sangre, como el color de la pena, es eterno e inmutable, porque eterno e inmutable es también el color de la ambición y del odio.

Si lo creéis así, si todavía el dolor del pasado os acerca al dolor del presente, si no os resignáis a que os arrastre definitivamente el silencioso río del olvido, seguidme, que yo os señalaré el camino.

ANDRÓMACA. —¡Vamos, vamos! ¡Que no haya nuevos Héctores en el mundo! ¡Que no haya otros niños inocentes que, como mi dulce Astianax, paguen con su vida la maldad y el egoísmo de los adultos!

IFIGENIA. —Que no haya más padres que trastornados por la ambición inmolen a sus hijas inocentes.

ELECTRA. —Que las esposas no conspiren contra sus esposos y los hijos no se vean luego obligados a empuñar el puñal de la venganza.

CLITEMNESTRA. —Ni más hijas a las que vengar, ni hijos vengadores de sus padres, ni esposas que engañen a sus maridos ausentes, pero a quien ellas tal vez sigan amando secretamente en lo más profundo de sus corazones.

HELENA. —Que ningún esposo permita que se enfríe el

lecho conyugal. ¡Que no haya nuevos Paris que, furtivos, penetren a puntillas en palacios ajenos! ¡Que sirva de algo nuestra advertencia a las nuevas mujeres!

PENÉLOPE. —¡Y que los esposos no se vean obligados a separarse nunca!

CASANDRA. —Que el mundo no conozca otros nefastos vaticinios pero que, si se hacen, los hombres crean en ellos y tomen sus previsiones.

LISÍSTRATA. —¡Vamos, Mirrina, vamos, Lampitó, vamos, Calónice! ¡No perdáis más tiempo! ¡Coged vuestras hermosas túnicas azafranadas y poneos en marcha!

HÉCUBA. —¡Adelántate tú, Mensajero! ¡No es necesario que hablemos más! ¡Corre veloz hasta ese presente infausto y diles a todos los que nos están esperando y que en nosotros confían que no tardaremos en llegar! No, no te preocupes. Nosotras, rastreando en el aire el acre olor de la sangre, sabremos encontrar el camino. Preciso será, sin embargo, que las nuevas generaciones de guerreros, hombres y mujeres, nos escuchen y no piensen que somos únicamente viejos fantasmas del pasado, en quienes no hace falta creer. ¡Ve, corre! ¡No te detengas, que nosotras llegaremos pronto!

Sale el Mensajero.

HÉCUBA. —¡Vamos, mujeres, regresemos al mundo de los mortales! Salgamos ya de estos bosques crepusculares. Tal vez luego, una vez cumplida nuestra misión, podamos por fin descansar. Vamos, vamos. Que el polvo que levan-

ten nuestros pies, tan semejante al humo, no nos robe la vista de nuestro deber, que se alza en la lejanía como un hermoso palacio.

CORO. —Llega pues el momento de iniciar nuestra marcha y puede que nuestras viejas penas, que suponíamos inútiles, encuentren ahora una razón de ser. Un mundo doliente nos está esperando. Como perro que va tras la pista del ciervo herido, así nosotras, siguiendo el rastro de una sangre que continúa siendo roja, sabremos encontrar el camino que nos conduzca hasta esa guerra atroz. Puede, ¡oh, dioses! que una vez allí nadie quiera escucharnos. Pero, aún cuando así fuese, nosotras cantaremos nuestras viejas penas a pleno pulmón. Y puede que, mientras las cantamos, regresen las lágrimas a nuestros ojos, secos durante tanto tiempo.

Salen todas las mujeres, precedidas por Hécuba, golpeando la tierra con sus bastones.

colección
CARRACHINAS

nº 01. *Treinta y cinco milímetros de Franco*
José María Latorre

nº 02. *Los Bosques de Nyx*
Javier Tomeo

LOS LIBROS DE LA FALSA

nº 01. *Veneno en la Boca*
Antón Castro

nº 02. *Besos Robados*
Luis Alegre

nº 03. *Tierra sin Mar*
José Antonio Labordeta

En torno a la negra hoguera de la guerra, Javier Tomeo ha convocado a un aquelarre a doce heroínas del teatro griego. Ha amasado en su artesa textos de Sófocles y Esquilo, de Eurípides y Menandro, y de Homero. Y ha levantado las columnas (clásicas, por eternas) de un apasionante y desgraciado vivo debate sobre los desastres bélicos, de la fascinación de los hombres por la herencia de Marte y del dolor reflexivo e infinito de las mujeres.

En este su primer texto escrito directamente para el teatro, Tomeo demuestra su profundo conocimiento de las obras de los clásicos griegos, mezcla hábilmente las historias, enhebra anécdotas y argumentos y construye un discurso sólido y fluido. El autor aragonés logra que griegas y troyanas se levanten en pie de paz.

Juan I. García Garzón, ABC

ISBN 84-88920-04-0
9 788488 920041

* P4-BIE-932 *